URBES FIN DE SIGLO

FUTURO

COLAPSO EN CIUDAD GOTICA



Gentileza Librería Entelequia

Las visiones que el cine propuso sobre cómo serán las ciudades del futuro resaltaron primero un orden obsesivo, asfixiante: "1984", por ejemplo. Sin embargo, a partir de "Blade Runner" y sus sucedáneas ("Brazil", la polis caótica de la Cadena XXIII en "Max Headroom" y ahora la Ciudad Gótica de la remake de Batman) el sueño cambió. No habría tales urbes planificadas de cabo a rabo sino convivencia apocalíptica de normas, modas y tecnologías de las más diversas layas y épocas. Esa mezcla, ese pegoteo poco pacífico ya se perfila en las grandes ciudades donde la peor y la más medieval miseria es vecina del último de los adelantos. Otra broma del Guasón, seguro. En este *Futuro*, el francés Paul Virilio, arquitecto, filósofo y compinche de Jean Baudrillard, se asombra de la abolición de las superficies a fuerza de velocidad, también se proyectan al porvenir los contrastes de las ciudades en América latina y por último Gustavo Nielsen se pregunta si sirve pensar en ciudades ideales cuando a veces falta plata para construir una mera casa.

LAS SUPERFICIES RELATIVAS

Urbe, espejo, agon

Por Paul Virilio

Tras haber observado durante unos instantes por la mirilla, el vigilante se decide a abrirnos la puerta pesada de la celda de la División 2. En la penumbra, tres rostros sorprendidos se apartan de la contemplación de la tele, tres rostros coloreados por los reflejos rosas y verdes de un dibujo animado... Extraño sentimiento ante tal desdoblamiento de la observación: el guardia en la mirilla óptica, los presos en la mirilla, la mira electrónica de la televisión, aquella ventana catódica capaz, nos dicen, de combatir el *síndrome de la separación*, pero, sobre todo, el consumo a ultranza de fármacos psicotrópicos. Unos 122.000 comprimidos distribuidos el año pasado en esta cárcel panóptica de Rouen, con cinco ramas que contiene 850 detenidos (60 por ciento de desocupados) para 370 celdas superpobladas. Durante los motines de mayo de 1985 rompieron todo menos la tele... Aquella repentina decisión, poco analizada al fin y al cabo, de instalar la televisión en las celdas de los presos, y ya no sólo en las salas comunes, representa una mutación característica de la evolución de las costumbres en materia de encarcelamiento.

Desde Bentham, en efecto, se solía identificar la prisión con la *panóptica*, o sea, con aquella vigilancia central en la que los condenados se hallan siempre a la vista, en el campo visual de sus guardianes. De ahora en adelante los detenidos podrán vigilar la actualidad, observar los acontecimientos televisados; a no ser que invirtamos esa constatación e indiquemos que, desde el momento en que los telespectadores encienden su receptor, ellos, encarcelados o no, son quienes están en el campo de la televisión, un campo sobre el que no tienen, evidentemente, ningún poder de intervención. Vigilar y castigar van a la par, escribió Michel Foucault en su momento... Dentro de semejante apertura imaginaria de los detenidos, ¿de qué castigo se trata? Desde luego no se plantea la cuestión solamente para la nueva *prisión catódica*, sino también para la empresa y la urbanización posindustriales. Recordemos las *telenegociaciones sindicales* de Citroën, la utilización del video para evitar que los partenaires sociales de la izquierda y de la derecha tuvieran un encuentro físico. Asimismo, el 21 de enero del '86, la CGT decidió instalar 25 videos y televisores para difundir por los talleres, despachos y comedores de la Renault de Billancourt, la respuesta de Roger Sylvain tras la intervención de Georges Besse, el 18 de enero, en el canal televisivo de FR3. Por último, tales preguntas, tales situaciones, nos remiten a la nueva forma de población, a la concentración humana, ya sea la de los lugares de detención o, a modo de espejo, la de las aglomeraciones metropolitanas de la era del redespliegamiento posindustrial.

Interficie y desregulación

"El Destino es la forma acelerada del tiempo", escribía Jean Giraudoux. ¿Cuál es hoy el destino del tiempo de las ciudades? ¿La forma acelerada de la población urbana? Entre la antigua capital provincial, la metrópoli nacional y la megalópoli, región capital capaz de absorber a toda o parte de la población de una nación, tales como México, Buenos Aires, El Cairo y algunas más, ¿qué será de aquella forma histórica de grado mayor de las sociedades, llamada "urbe"? A falta de un desplazamiento del punto de vista, no solemos percibir, por lo general, la figura de la derrota, de la repentina defección de la urbanización: demasiado sujetos al espacio, a la percepción de las superficies superpobladas, omitimos observar, sin quererlo, el tiempo, el régimen de temporalidad de la urbe postrera. No el tiempo *que pasa* de la sucesión cronológica y de la historia, sino el tiempo que *se expone*, que sale a la superficie, podríamos decir o, con mayor precisión, *interficie*.

En efecto, la radical modificación de las nociones de espacio y de tiempo ha extendido el principio de la relatividad con la antigua noción de superficie que se llega a sustituir por la nueva noción de interficie, noción que establece la superficie en su relación mediática, convirtiéndola en un cara a cara. Toda superficie, cualquiera que sea su tamaño, ínfimo o gigantesco, que ya no tenga una existencia objetiva, sino en y por su relación con la observación, con un observador cualquiera: observador directo del clásico diálogo hombre/hombre, observador indirecto del nuevo diálogo hombre/máquina (pudiendo ser dicha máquina un medio de telecomunicación audiovisual o un medio de comunicación automóvil...) o, además, diálogo máquina/máquina, con la cercana "automación de la percepción", tal como la está preparando aquella disciplina llamada *visiónica*; puesta en marcha de medios de observación, de percepción del medio ambiente, aplicada a la robótica e imprescindible para las investigaciones de punta acerca de la "inteligencia artificial". De manera que el *intervalo* (geométrico, geográfico...) ha sido progresivamente sustituido por la *interficie* (cronogeométrica, cronogeográfica...). A la topología de las superficies le ha sucedido entonces una "telepologia" de las interficies mediáticas, cuyo objetivo declarado del audiovisual estriba en la multiplicación infinita de los canales, de los programas televisivos: la implantación de unas redes "telemáticas" en naciones, regiones, barrios, edificios, *el cara a cara de todas las superficies*, de cualquier superficie y ello cualquiera que sea su distanciamiento geográfico. De ahí la desregulación arancelaria y administrativa que afecta tanto a los grandes medios de comunicación (aéreo, ferroviario, etc.) como a los de las telecomunicaciones audiovisuales.

Si hay algo que sea irreversible, es eso: la intensa aceleración de las relaciones que "acorta" con violencia creciente la antigua separación de los sujetos, de los objetos, la separación natural de los lugares geográficos, "accidente de la circulación", fenómeno de contracción que anuncian el parto de la urbe por venir: fenómeno telúrico de fusión y de confusión de las distancias, de las demoras, aleación de paisajes y, dentro de éstos, de regiones superpobladas, de viviendas: y, a modo de espejo, dentro de éstas, unas salas de estar gracias al circuito cerrado del video de los edificios conectados... Todo esto para llegar un día no muy lejano a la inercia urbana, una *inercia polar* que confirmará, esta vez de manera definitiva, las vocaciones de las ciudades a la sedentarización de las poblaciones, vocación disimulada durante un tiempo por la revolución del transporte público y el desarrollo del automóvil privado. Si hay algo que sea irreversible, es ese paso, esa *transferencia de la actividad a la interactividad instantánea* que resultan de un aspecto con frecuencia subestimado de la revolución industrial del siglo pasado y de la motorización de las sociedades desde hace cincuenta años.

En efecto, desde la innovación de la máquina a vapor, del motor eléctrico o del motor de explosión, *no se ha inventado jamás una máquina, un motor para ir más despacio*, frenar la actividad, el movimiento considerado movimiento de desplazamiento físico de los objetos, de las personas, o movimiento de transmisión de los mensajes y de la



AMERICA LATINA

Encla

Por Patricia Surano

La estética de las ciudades estuvo a lo largo del tiempo ligada estrechamente al desarrollo tecnológico. Y así como en un momento el hecho de que aparecieran los automóviles pautó el trazado de la ciudad moderna, o la invención del ascensor permitió diseñar enormes rascacielos, la revolución tecnológica encabezada en esta última década por las comunicaciones y la informática, definirá la arquitectura urbana del siglo XXI.

Ya se está notando. "La innovación tecnológica se evidencia en primer lugar en las prácticas sociales y posteriormente se traduce en modificaciones significativas en el uso del espacio urbano y regional", confirma Susana Finquelievich, arquitecta doctorada en sociología e investigadora del Centro de Estudios Urbanos y Regionales (CEUR). "En general las tendencias para América latina son bastante polarizantes. Van a existir núcleos de economía avanzada y núcleos de economía obsoleta que ampliarán la brecha entre los profesionales calificados e investigadores ligados a las ciencias duras y a la tecnología, y los analfabetos tecnológicos que por no poder formar parte de esa elite crearán un espacio intermedio de economía informal y cuentapropismo desarrollando aún más el sector de servicios."

Los impactos que se han venido produciendo en América latina con la incorporación de las nuevas tecnologías a la producción y a la vida cotidiana, tarde o temprano se empezarán a hacer ver en el aspecto territorial y espacial, como lo han hecho ya en los países del primer mundo. "Como está ocurriendo en algunos centros urbanos de



LAS SUPERFICIES RELATIVAS

Urbe, espejo, agonía

Por Paul Virilio

Tras haber observado durante unos instantes por la mirilla, el vigilante se decide a abrirnos la puerta pesada de la celda de la División 2. En la penumbra, tres rostros sorprendidos se apartan de la contemplación de la tele, tres rostros coloreados por los reflejos rosas y verdes de un dibujo animado... Extraño sentimiento ante tal desdoblamiento de la observación: el guardia en la mirilla óptica, los presos en la mirilla, la mira electrónica de la televisión, aquella ventana catódica capaz, nos dicen, de combatir el *síndrome de la separación*, pero, sobre todo, el consumo a ultranza de fármacos psicotrópicos. Unos 122.000 comprimidos distribuidos el año pasado en esta cárcel panóptica de Rouen, con cinco ramas que contiene 850 detenidos (60 por ciento de desocupados) para 370 celdas superpobladas. Durante los motines de mayo de 1985 rompieron todo menos la tele... Aquella repentina decisión, poco analizada al fin y al cabo, de instalar la televisión en las celdas de los presos, y ya no sólo en las salas comunes, representa una mutación característica de la evolución de las costumbres en materia de encarcelamiento.

Desde Bentham, en efecto, se solía identificar la prisión con la *panóptica*, o sea, con aquella vigilancia central en la que los condenados se hallan siempre a la vista, en el campo visual de sus guardianes. De ahora en adelante los detenidos podrán vigilar la actualidad, observar los acontecimientos televisados; a no ser que invirtamos esa constatación e indiquemos que, desde el momento en que los telespectadores encienden su receptor, ellos, encarcelados o no, son quienes están en el campo de la televisión, un campo sobre el que no tienen, evidentemente, ningún poder de intervención. Vigilar y castigar van a la par, escribió Michel Foucault en su momento... Dentro de semejante apertura imaginaria de los detenidos, ¿de qué castigo se trata? Desde luego no se plantea la cuestión solamente para la nueva *prisión catódica*, sino también para la empresa y la urbanización posindustriales. Recordemos las *telenegociaciones sindicales* de Citroën, la utilización del video para evitar que los partenaires sociales de la izquierda y de la derecha tuvieran un encuentro físico. Asimismo, el 21 de enero del '86, la CGT decidió instalar 25 videos y televisores para difundir por los talleres, despachos y comedores de la Renault de Billancourt, la respuesta de Roger Sylvain tras la intervención de Georges Besse, el 18 de enero, en el canal televisivo de FR3. Por último, tales preguntas, tales situaciones, nos remiten a la nueva forma de población, a la concentración humana, ya sea la de los lugares de detención o, a modo de espejo, la de las aglomeraciones metropolitanas de la era del redesplegamiento posindustrial.

Interficie y desregulación

"El Destino es la forma acelerada del tiempo", escribía Jean Giraudoux. ¿Cuál es hoy el destino del tiempo de las ciudades? ¿La forma acelerada de la población urbana? Entre la antigua capital provincial, la metrópoli nacional y la megalópoli, región capital capaz de absorber a toda o parte de la población de una nación, tales como México, Buenos Aires, El Cairo y algunas más, ¿qué será de aquella forma histórica de grado mayor de las sociedades, llamada "urbe"? A falta de un desplazamiento del punto de vista, no solemos percibir, por lo general, la figura de la derrota, de la repentina defección de la urbanización: demasiado sujetos al espacio, a la percepción de las superficies superpobladas, omitimos observar, sin quererlo, el tiempo, el régimen de temporalidad de la urbe postrera. No el tiempo *que pasa* de la sucesión cronológica y de la historia, sino el tiempo que *se expone*, que sale a la superficie, podríamos decir o, con mayor precisión, *interficie*.

En efecto, la radical modificación de las nociones de espacio y de tiempo ha extendido el principio de la relatividad con la antigua noción de superficie que se llega a sustituir por la nueva noción de interficie, noción que establece la superficie en su relación mediática, convirtiéndola en un cara a cara. Toda superficie, cualquiera que sea su tamaño, ínfimo o gigantesco, que ya no tenga una existencia objetiva, sino en y por su relación con la observación, con un observador cualquiera: observador directo del clásico diálogo hombre/hombre, observador indirecto del nuevo diálogo hombre/máquina (pudiendo ser dicha máquina un medio de telecomunicación audiovisual o un medio de comunicación automóvil...) o, además, diálogo máquina/máquina, con la cercana "automación de la percepción", tal como la está preparando aquella disciplina llamada *visiónica*; puesta en marcha de medios de observación, de percepción del medio ambiente, aplicada a la robótica e imprescindible para las investigaciones de punta acerca de la "inteligencia artificial". De manera que el *intervalo* (geométrico, geográfico...) ha sido progresivamente sustituido por la *interficie* (cronogeométrica, cronogeográfica...). A la topología de las superficies le ha sucedido entonces una "telepología" de las interficies mediáticas, cuyo objetivo declarado del audiovisual estriba en la multiplicación infinita de los canales, de los programas televisivos: la implantación de unas redes "telemáticas" en naciones, regiones, barrios, edificios, *el cara a cara de todas las superficies*, de cualquier superficie y ello cualquiera que sea su distanciamiento geográfico. De ahí la desregulación arancelaria y administrativa que afecta tanto a los grandes medios de comunicación (aéreo, ferroviario, etc.) como a los de las telecomunicaciones audiovisuales.

Si hay algo que sea irreversible, es eso: la intensa aceleración de las relaciones que "acorta" con violencia creciente la antigua separación de los sujetos, de los objetos, la separación natural de los lugares geográficos, "accidente de la circulación", fenómeno de contracción que anuncian el parto de la urbe por venir: fenómeno telúrico de fusión y de confusión de las distancias, de las demoras, aleación de paisajes y, dentro de éstos, de regiones superpobladas, de viviendas: y, a modo de espejo, dentro de éstas, unas salas de estar gracias al circuito cerrado del video de los edificios conectados... Todo esto para llegar un día no muy lejano a la inercia urbana, una *inercia polar* que confirmará, esta vez de manera definitiva, las vocaciones de las ciudades a la sedentarización de las poblaciones, vocación disimulada durante un tiempo por la revolución del transporte público y el desarrollo del automóvil privado. Si hay algo que sea irreversible, es ese paso, esa *transferencia de la actividad a la interactividad instantánea* que resultan de un aspecto con frecuencia subestimado de la revolución industrial del siglo pasado y de la motorización de las sociedades desde hace cincuenta años.

En efecto, desde la innovación de la máquina a vapor, del motor eléctrico o del motor de explosión, *no se ha inventado jamás una máquina, un motor para ir más despacio*, frenar la actividad, el movimiento considerado movimiento de desplazamiento físico de los objetos, de las personas, o movimiento de transmisión de los mensajes y de la información... Sin embargo, se trata aquí de una característica fundamental del desarrollo de las técnicas; una especie de fatalidad que se vive generalmente como un progreso de las ciencias físicas, el freno, la desaceleración de las actividades, que se limita, en lo esencial, a los campos de la fisiología y de la psicología, por lo que participa de la biología, de las ciencias y de las técnicas de la quimioterapia, o dicho de otro modo, de las drogas y demás sustancias *psicotrópicas*, las únicas capaces de modificar el régimen de temporalidad del sujeto *hacia un ralenti de sus facultades de acción, de percepción del medio ambiente*.

Este curioso reparto de las tareas, extrañamente pasado por alto, entre la física industrial y la bioquímica, que atribuye a la una "el acelerador" y a la otra "el freno", deberían incitarnos a reconsiderar la noción misma de energía.

En efecto, si los físicos distinguen habitualmente dos aspectos mayores de la energética: la energía potencial y la energía cinética, aquella que provoca el movimiento, tal vez fuera conveniente hoy añadir otra, la energía *cinemática*, la cual es una resultante del efecto de aquel movimiento y de su mayor o menor rapidez sobre las percepciones y los comportamientos. ¿Cómo seguir minusvalorando ese "efecto de lo real" de los medios de comunicación y de telecomunicación sobre la percepción del espacio-tiempo humano? ¿Cómo omitir desde hoy en adelante esa desrealización del entorno urbano que completa y remata la desregulación social, la desregulación salvaje de las instituciones?

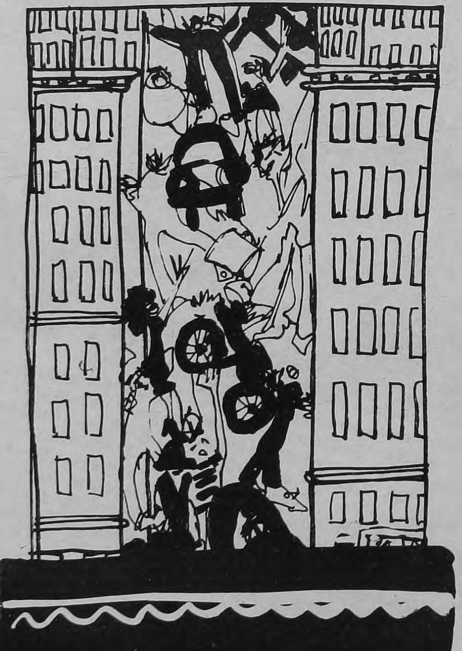
Desregulación y urbe lúdica

En estos tiempos en que algunos condenan abiertamente el "Estado-providencia" convendría, quizá, no despreciar por ello la posibilidad de la llegada de un *Estado-Destino*; Estado de desarreglo de los comportamientos sociopolíticos que vería abrirse efectivamente, con el tercer milenio, la tercera edad de la población y de la historia. Después de la autorregulación de las sociedades sin Estado y sin Urbe llegaría, finalmente, aquella desregulación transestatal y posurbana, la emergencia transpolítica de un "Estado sin Estado", de una sociedad sin sociedad, a merced de todos los excesos, de todas las violencias, a imagen y semejanza de lo que ya está ocurriendo en algunas aglomeraciones, nebulosas posmetropolitanas, colonias de una población *liberada* de toda norma, de toda ética.

De hecho, ningún país, cualquiera que sea su régimen económico o político, se encuentra a salvo de un desarreglo de las costumbres de esta índole, el cual no es sino la resultante, en lo esencial, de la interacción instantánea de las situaciones. El choque incesante de las actividades, el cara a cara obligado de los diferentes partenaires sociales, a menudo no dejan más alternativas que la reacción violenta o la huida en el artificio o la abstención. De ahí una mutación en curso de la urbe técnica posindustrial en *urbe lúdica*, una urbe que sustituye a la urbe productiva de la artesanía o de la industria naciente.

De la ciudad, "teatro" de las actividades humanas, con su ágora, su foro, su plaza de la iglesia o del mercado poblados por tantos y cuantos actores y espectadores *presentes* en la *cinecittá*, la urbe actual de la interactividad instantánea, poblada de oyentes y de telespectadores *ausentes*, faltaba tan sólo dar un paso; después de la lejana innovación de la ventana urbana, del *escaparate*, ese enmarcar las apariencias de los objetos, de las personas; establecimiento de una transparencia incrementada en el transcurrir de los siglos que había de desembocar, más allá de la óptica fotocinematográfica, sobre aquella óptica electrónica de los medios de telecomunicación capaz de realizar, no sólo unos edificios-escaparates como en el pasado, sino unas ciudades, unas naciones-escaparates, *megalópolis mediáticas* que tienen el poder paradójico de *reunir a distancia* en torno de unos estereotipos lúdicos, unas opiniones "estándar", unos comportamientos. Urbe de la trans-apariencia en la que cada cual sigue estando aislado en el teletrabajo o la teleconversación telefónica, delante de su escaparate electrónico, segregación catódica que lleva a cabo la "ghettoización" de los barrios reservados de las ciudades cerradas del pasado.

A modo de conclusión provisional, indicaremos una última tendencia de peso, según la cual cuanto más crece la ciudad en importancia demográfica, más decrece en lo que se refiere a la unidad de la población: la tribu, *primogénita* étnica que dio lugar a las sociedades que han poblado las aldeas de la agricultura naciente, *la familia ampliada* del mundo rural tradicional que reside en los alrededores, en los poblados de la provincia, *la familia nuclear* de las urbes industriales modernas y, por último, recientemente, la *familia monoparental*, desarrollo de la "pareja a tiempo parcial", del celibato, desintegración nuclear que conlleva la extensión de las nebulosas posmodernas. Todo ello porque las diferentes "tablas de rotación" no dejan de acelerarse en cuanto a la vivienda, de dos a cinco años *in situ* antes de hacer una mudanza (en vez de cinco a diez años hace una generación), para las relaciones matrimoniales de tres a cinco años, entre boda y boda, en cuanto al trabajo...



AMERICA LATINA

Enclaves y tecnópolis

Por Patricia Surano

La estética de las ciudades estuvo a lo largo del tiempo ligada estrechamente al desarrollo tecnológico. Y así como en un momento el hecho de que aparecieran los automóviles pautó el trazado de la ciudad moderna, o la invención del ascensor permitió diseñar enormes rascacielos, la revolución tecnológica encabezada en esta última década por las comunicaciones y la informática, definirá la arquitectura urbana del siglo XXI.

Ya se está notando. "La innovación tecnológica se evidencia en primer lugar en las prácticas sociales y posteriormente se traduce en modificaciones significativas en el uso del espacio urbano y regional", confirma Susana Finquelievich, arquitecta doctorada en sociología e investigadora del Centro de Estudios Urbanos y Regionales (CEUR). "En general las tendencias para América latina son bastante polarizantes. Van a existir núcleos de economía avanzada y núcleos de economía obsoleta que ampliarán la brecha entre los profesionales calificados e investigadores ligados a las ciencias duras y a la tecnología, y los analfabetos tecnológicos que por no poder formar parte de esa elite crearán un espacio intermedio de economía informal y cuentapropismo desarrollando aún más el sector de servicios."

Los impactos que se han venido produciendo en América latina con la incorporación de las nuevas tecnologías a la producción y a la vida cotidiana, tarde o temprano se empezarán a hacer ver en el aspecto territorial y espacial, como lo han hecho ya en los países del primer mundo. "Como está ocurriendo en algunos centros urbanos de importancia de Latinoamérica, se va a agudizar la desertificación de las grandes ciudades acompañada de un importante deterioro. Esto se puede observar hoy en Buenos Aires, por ejemplo en la avenida Corrientes o en la calle Florida donde hay un deterioro nunca visto antes —comenta Finquelievich— lo que va a ocasionar en un futuro próximo que las clases acomodadas económicamente se desplacen hacia puntos de la periferia en busca de un medio ambiente mejor, menos contaminado, manteniendo el acceso a servicios muy eficientes, sofisticados y costosos gracias a tecnología comunicacional de primer nivel, como el DDI, el fax o la televisión por cable."

Las zonas marginales van a empeorar concentrándose en los alrededores de los centros tecnológicos pero tenderá a desaparecer la megalópolis por una leve redistribución de una parte de la población hacia las ciudades medias y pequeñas. Sólo quedará en las grandes ciudades todo lo referido a la actividad financiera y bursátil.

Sin embargo, el verdadero fenómeno urbano del futuro, capaz de echar por tierra las representaciones más fieles de la estética posmoderna de los '80, serán las tecnópolis y los polos tecnológicos. "En esta última década han aparecido en los países desarrollados zonas especialmente creadas para absorber y valorizar el desarrollo científico y tecnológico", explica la investigadora del CEUR: los polos tecnológicos o aglomeraciones en un área determinada de empresas e institutos de investigación de alta tecnología, creados para facilitar la "fertilización cruzada" y estimular la capacidad innovadora empresarial. Algunos de estos polos se transforman luego en tecnópolis cuando se agrega en ellos un sector de viviendas para que empresarios y científicos vivan allí.

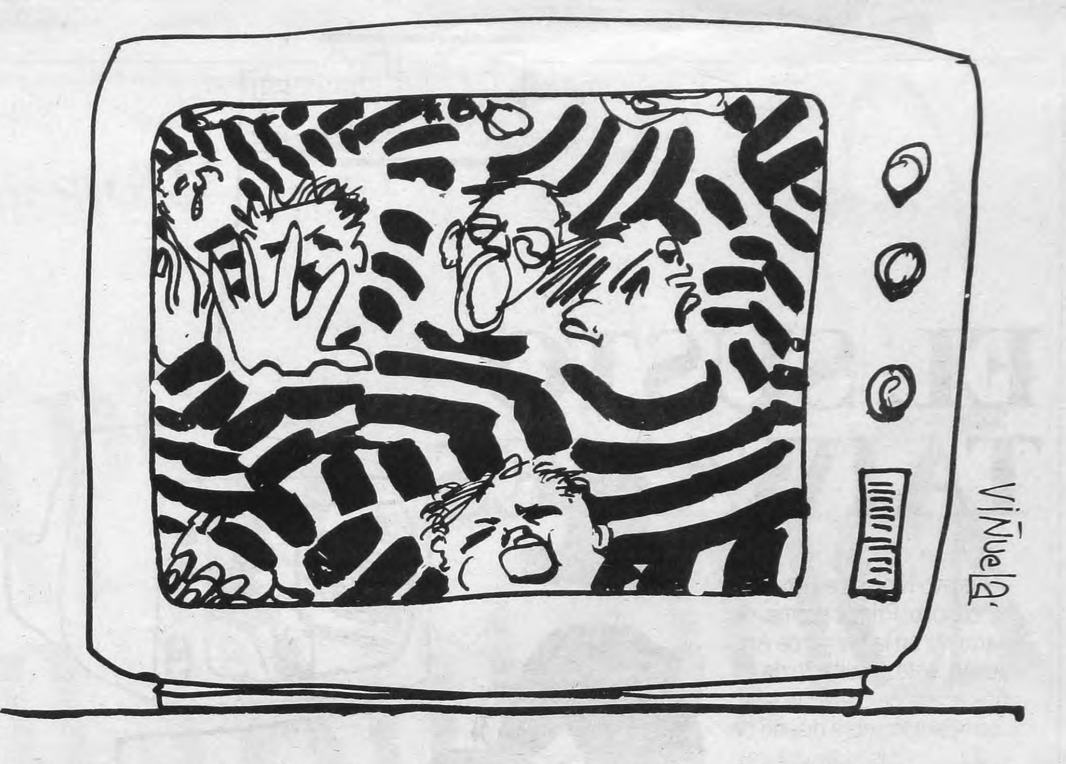
Estas zonas se establecen en lugares privilegiados tanto desde el punto de vista geográfico como de transporte y comunicación. Silicon Valley en Estados Unidos, Tsukuba en Japón y la Tecnocity de Turín en Italia, son ejemplos ya en marcha de tecnópolis. Dentro de estos espacios por demás agradables se trata de crear un nuevo estilo de vida en el cual las fronteras entre vida laboral y no laboral desaparecen. No hay duda que el trabajo va a estar siempre presente allí aunque sea domingo y científicos y gerentes estén jugando al tenis o haciendo aerobismo. ¿Delicias de la tecnología? Tal vez, pero que por ejemplo en Silicon Valley ha causado más de un estrago en la corporación: la convivencia ha producido en este último tiempo el incremento del número de divorcios y de problemas de drogadicción y alcoholismo.

En América latina el panorama tiende a parecerse aunque todavía se esté en la etapa inicial. Brasil es en este sentido el país que más ha avanzado en el desarrollo de estas ciudades ultratecnologizadas al mejor estilo Blade Runner, el único país latinoamericano que posee tres polos tecnológicos de diferente tamaño y composición industrial. "Un caso son los enclaves, fábricas aisladas y vigiladas como el CVRD en Carajas —explica Finquelievich—, otro es el caso de los medios innovativos, zonas donde la multiplicación de industrias de punta origina una dinámica de agrupación *en enjambre*, y finalmente los parques de alta tecnología. Pero el más importante es el complejo militar-industrial del valle de Paraiba, corredor metropolitano de 400 km entre Río de Janeiro y San Pablo, donde se han instalado academias militares y fábricas de explosivos."

En la Argentina, el desarrollo es aún más incipiente. Los primeros proyectos de tecnópolis datan de 1970 a iniciativa del Instituto Nacional de Tecnología Industrial (INTI) y de la Fundación Bariloche. Hasta 1987 se habían esbozado seis propuestas de parques tecnológicos para las zonas de Mar del Plata, Córdoba, Santa Fe, Chascomús, Bariloche y Buenos Aires. "De ellos —aclara la arquitecta Finquelievich— el que más posibilidades tiene de concretarse es el parque Berisso, en el lugar donde funcionó hasta 1972 el frigorífico Swift. Dicha empresa habría donado 9 hectáreas industriales ociosas al gobierno para que éste a su vez las ceda por cinco años con opción de dos años y medio más a empresas de informática."

Pero las diferencias entre las ciudades futuras de los países desarrollados y de Latinoamérica no quedarán en lo meramente estructural, se percibirán también en el aire. "Mientras que en las tecnópolis se creará un medio ambiente agradable, sin contaminación, y la robótica posibilitará la repatriación hacia los países centrales de las industrias de ensamble localizadas en América latina —advierte Finquelievich—, las industrias que seguirán instalándose en la región serán aquellas que utilizan productos altamente contaminantes. ¿Por qué? Muy simple: las regulaciones ambientales de los países centrales y la presión social de sus sociedades penan cada vez más sus operaciones y desechos tóxicos, cosa que no ocurre en América latina, donde las leyes son más permisivas y la gente tiene tanto miedo de perder el empleo que prefiere una fábrica contaminante pero donde pueda trabajar".

a



información... Sin embargo, se trata aquí de una característica fundamental del desarrollo de las técnicas; una especie de fatalidad que se vive generalmente como un progreso de las ciencias físicas, el freno, la desaceleración de las actividades, que se limita, en lo esencial, a los campos de la fisiología y de la psicología, por lo que participa de la biología, de las ciencias y de las técnicas de la quimioterapia, o dicho de otro modo, de las drogas y demás sustancias *psicotrópicas*, las únicas capaces de modificar el régimen de temporalidad del sujeto *hacia un ralenti de sus facultades de acción, de percepción del medio ambiente.*

Este curioso reparto de las tareas, extrañamente pasado por alto, entre la física industrial y la bioquímica, que atribuye a la una "el acelerador" y a la otra "el freno", deberían incitarnos a reconsiderar la noción misma de energía.

En efecto, si los físicos distinguen habitualmente dos aspectos mayores de la energética: la energía potencial y la energía cinética, aquella que provoca el movimiento, tal vez fuera conveniente hoy añadir otra, la energía *cinemática*, la cual es una resultante del efecto de aquel movimiento y de su mayor o menor rapidez sobre las percepciones y los comportamientos. ¿Cómo seguir minusvalorando ese "efecto de lo real" de los medios de comunicación y de telecomunicación sobre la percepción del espacio-tiempo humano? ¿Cómo omitir desde hoy en adelante esa desrealización del entorno urbano que completa y remata la desregulación social, la desregulación salvaje de las instituciones?

Desregulación y urbe lúdica

En estos tiempos en que algunos condenan abiertamente el "Estado-providencia" convendría, quizá, no despreciar por ello la posibilidad de la llegada de un *Estado-Destino*; Estado de desarreglo de los comportamientos sociopolíticos que vería abrirse efectivamente, con el tercer milenio, la tercera edad de la población y de la historia. Después de la autorregulación de las sociedades sin Estado y sin Urbe llegaría, finalmente, aquella desregulación transestatal y posurbana, la emergencia transpolítica de un "Estado sin Estado", de una sociedad sin sociedad, a merced de todos los excesos, de todas las violencias, a imagen y semejanza de lo que ya está ocurriendo en algunas aglomeraciones, nebulosas posmetropolitanas, colonias de una población *liberada* de toda norma, de toda ética.

De hecho, ningún país, cualquiera que sea su régimen económico o político, se encuentra a salvo de un desarreglo de las costumbres de esta índole, el cual no es sino la resultante, en lo esencial, de la interacción instantánea de las situaciones. El choque incesante de las actividades, el cara a cara obligado de los diferentes partenaires sociales, a menudo no dejan más alternativas que la reacción violenta o la huida en el artificio o la abstención. De ahí una mutación en curso de la urbe técnica posindustrial en *urbe lúdica*, una urbe que sustituye a la urbe productiva de la artesanía o de la industria naciente.

De la ciudad, "teatro" de las actividades humanas, con su ágora, su foro, su plaza de la iglesia o del mercado poblados por tantos y cuantos actores y espectadores *presentes* en la *cinecittá*, la urbe actual de la interactividad instantánea, poblada de oyentes y de telespectadores *ausentes*, faltaba tan sólo dar un paso; después de la lejana innovación de la ventana urbana, del *escaparate*, ese enmarcar las apariencias de los objetos, de las personas; establecimiento de una transparencia incrementada en el transcurrir de los siglos que había de desembocar, más allá de la óptica fotocinematográfica, sobre aquella óptica electrónica de los medios de telecomunicación capaz de realizar, no sólo unos edificios-escaparates como en el pasado, sino unas ciudades, unas naciones-escaparates, *megalópolis mediáticas* que tienen el poder paradójico de *reunir a distancia* en torno de unos estereotipos lúdicos, unas opiniones "estándar", unos comportamientos. Urbe de la trans-apariencia en la que cada cual sigue estando aislado en el teletrabajo o la teleconversación telefónica, delante de su escaparate electrónico, segregación catódica que lleva a cabo la "ghettoización" de los barrios reservados de las ciudades cerradas del pasado.

A modo de conclusión provisional, indicaremos una última tendencia de peso, según la cual cuanto más crece la ciudad en importancia demográfica, más decrece en lo que se refiere a la unidad de la población: la tribu, *primogénita* étnica que dio lugar a las sociedades que han poblado las aldeas de la agricultura naciente, *la familia ampliada* del mundo rural tradicional que reside en los alrededores, en los poblados de la provincia, *la familia nuclear* de las urbes industriales modernas y, por último, recientemente, la *familia monoparental*, desarrollo de la "pareja a tiempo parcial", del celibato, desintegración nuclear que conlleva la extensión de las nebulosas posmodernas. Todo ello porque las diferentes "tablas de rotación" no dejan de acelerarse en cuanto a la vivienda, de dos a cinco años *in situ* antes de hacer una mudanza (en vez de cinco a diez años hace una generación), para las relaciones matrimoniales de tres a cinco años, entre boda y boda, en cuanto al trabajo...

aves y tecnópolis

importancia de Latinoamérica, se va a agudizar la desertificación de las grandes ciudades acompañada de un importante deterioro. Esto se puede observar hoy en Buenos Aires, por ejemplo en la avenida Corrientes o en la calle Florida donde hay un deterioro nunca visto antes —comenta Finquelievich— lo que va a ocasionar en un futuro próximo que las clases acomodadas económicamente se desplacen hacia puntos de la periferia en busca de un medio ambiente mejor, menos contaminado, manteniendo el acceso a servicios muy eficientes, sofisticados y costosos gracias a tecnología comunicacional de primer nivel, como el DDI, el fax o la televisión por cable."

Las zonas marginales van a empeorar concentrándose en los alrededores de los centros tecnológicos pero tenderá a desaparecer la megalópolis por una leve redistribución de una parte de la población hacia las ciudades medias y pequeñas. Sólo quedará en las grandes ciudades todo lo referido a la actividad financiera y bursátil.

Sin embargo, el verdadero fenómeno urbano del futuro, capaz de echar por tierra las representaciones más fieles de la estética posmoderna de los '80, serán las tecnópolis y los polos tecnológicos. "En esta última década han aparecido en los países desarrollados zonas especialmente creadas para absorber y valorizar el desarrollo científico y tecnológico", explica la investigadora del CEUR: los polos tecnológicos o aglomeraciones en un área determinada de empresas e institutos de investigación de alta tecnología, creados para facilitar la "fertilización cruzada" y estimular la capacidad innovadora empresarial. Algunos de estos polos se transforman luego en tecnópolis cuando se agrega en ellos un sector de viviendas para que empresarios y científicos vivan allí.

Estas zonas se establecen en lugares privilegiados tanto desde el punto de vista geográfico como de transporte y comunicación. Silicon Valley en Estados Unidos, Tsukuba en Japón y la Tecnocity de Turín en Italia, son ejemplos ya en marcha de tecnópolis. Dentro de estos espacios por demás agradables se trata de crear un nuevo estilo de vida en el cual las fronteras entre vida laboral y no laboral desaparecen. No hay duda que el trabajo va a estar siempre presente allí aunque sea domingo y científicos y gerentes estén jugando al tenis o haciendo aerobismo. ¿Delicias de la tecnología? Tal vez, pero que por ejemplo en Silicon Valley ha causado más de un estrago en la corporación: la convivencia ha producido en este último tiempo el incremento del número de divorcios y de problemas de drogadicción y alcoholismo.

En América latina el panorama tiende a parecerse aunque todavía se esté en la etapa inicial. Brasil es en este sentido el país que más ha avanzado en el desarrollo de estas ciudades ultratecnologizadas al mejor estilo Blade Runner, el único país latinoamericano que posee tres polos tecnológicos de diferente tamaño y composición industrial. "Un caso son los enclaves, fábricas aisladas y vigiladas como el CVRD en Carajas —explica Finquelievich—, otro es el caso de los medios innovativos, zonas donde la multiplicación de industrias de punta origina una dinámica de agrupación *en enjambre*, y finalmente los parques de alta tecnología. Pero el más importante es el complejo militar-industrial del valle de Paraiba, corredor metropolitano de 400 km entre Río de Janeiro y San Pablo, donde se han instalado academias militares y fábricas de explosivos."

En la Argentina, el desarrollo es aún más incipiente. Los primeros proyectos de tecnópolis datan de 1970 a iniciativa del Instituto Nacional de Tecnología Industrial (INTI) y de la Fundación Bariloche. Hasta 1987 se habían esbozado seis propuestas de parques tecnológicos para las zonas de Mar del Plata, Córdoba, Santa Fe, Chascomús, Bariloche y Buenos Aires. "De ellos —aclara la arquitecta Finquelievich— el que más posibilidades tiene de concretarse es el parque Berisso, en el lugar donde funcionó hasta 1972 el frigorífico Swift. Dicha empresa habría donado 9 hectáreas industriales ociosas al gobierno para que éste a su vez las ceda por cinco años con opción de dos años y medio más a empresas de informática."

Pero las diferencias entre las ciudades futuras de los países desarrollados y de Latinoamérica no quedarán en lo meramente estructural, se percibirán también en el aire. "Mientras que en las tecnópolis se creará un medio ambiente agradable, sin contaminación, y la robótica posibilitará la repatriación hacia los países centrales de las industrias de ensamble localizadas en América latina —advierte Finquelievich—, las industrias que seguirán instalándose en la región serán aquellas que utilizan productos altamente contaminantes. ¿Por qué? Muy simple: las regulaciones ambientales de los países centrales y la presión social de sus sociedades penan cada vez más sus operaciones y desechos tóxicos, cosa que no ocurre en América latina, donde las leyes son más permisivas y la gente tiene tanto miedo de perder el empleo que prefiere una fábrica contaminante pero donde pueda trabajar".



EL SUSTO TAIWANES



Gustavo Nielsen es un caso curioso. Primer premio de narrativa en la Bienal de Arte Joven, este arquitecto de 26 años acaba de ganar un lauro compartido sobre diseño de ciudades futuras.

Por Gustavo Nielsen

En *Brazil*, la película de Terry Gilliam, la cagadita de una mosca provoca el error ortegráfico que trastroca todo un sistema social completamente armado. Que parecía perfecto, que parecía cerrado en sí mismo, estudiadísimo. En todo: en lo técnico, con una ciudad teóricamente en funcionamiento. También cerrada sobre sí misma. Nosotros, los que la vimos una y otra vez en video, vivimos la diarrea del insecto como una gratificación, como una liberación de esa gran mosca peluda de la organización total.

Pero hay otras cosas que también pueden fallar. A la ciudad le pueden joder las tripas. Los pasillos de los edificios juntarán mugre por toneladas, sin que nadie —nunca— haga nada. Este viejo estribillo del nadie-nadanunca. ¿Llegaremos? No. Ya estamos. Las viviendas que elige mostrarnos *Brazil* no son una escenografía de cartón. Es el Complejo Habitacional Abraxas, hecho en Francia por el arquitecto catalán Ricardo Bofill. Ahí vive gente, sin tanto caño de plástico, ni plomeros subversivos. El futuro llegó hace rato.

Blade Runner lo hizo de otra manera. Mientras la ciudad de *Brazil* se lee casi como la *Palmanova* de los utopistas del Renacimiento (en aquella actitud de producir un objeto - ciudad nuevo), Ridley Scott plantea el problema de las dos ciudades. Es decir: no funda una nueva; se traga a la vieja, a esa especie de susto taiwanés. Superpone sus escarabajos volantes de luces y la macroutopía urbana gravitando sobre las viejas calles, aquellas del wang-tang adonde el pibe Harrison dispara bulones con su 45. Y, asomando por encima de todo, como una gran pirámide ritual, el edificio de la Corporación. Siempre explicándonos: aquí estamos; así es la cosa; comprender y callar.

Ambas películas plantean una estética y una ética: "Diseñan el futuro". Ambas concluyen en brutas ciudades antropofágicas. Autoritarias. Cabe la pregunta: ¿la arquitectura futurista puede no ser autoritaria? Diseñar arquitectura es diseñar edificios y modos de vida. Cuando uno lo hace para su entorno social estará respondiendo a la calidad y al modo de vida de esa sociedad hoy; pero si el tema es el mañana... Diseñar calles, plazas, transportes, localizar viviendas y darles una forma, una estética y una ética. Insisto en estas dos palabras. Brasilia, *la cité industrièlle*. Los falansterios de los higienistas. La fiesta kitsch de la vivienda tomate del Archigran, con Andy Warhol meándose de la risa. Friedman, Banham, Cook; Sant'Elía, Marinetti. Antes, evidentemente, se era más utopista (frase slogan que, en el mismo instante de entrar a tu cerebro, debe borrársete por completo). Corrección: antes se creía más en el futuro de las cosas, "Ahora llegó", dijo el Indio Solari (¿arquitecto Solari?). Y nosotros, ¿llegamos?

Esta nota es la sombra de un proyecto titulado "Diseño de la ciudad del futuro", encarado por nuestro estudio de arquitectura para la época de la Bienal, en el marco de la Fundación Libre. Esa Bienal se desarrolló muy seriamente, y allí se habló de la utopía sin nombrarla, como esas señoras que dicen estar haciéndose un tratamiento preventivo de bombas de cobalto cuando en realidad saben que tienen cáncer. De allí invitamos a Eduardo Gaggiano, un arquitecto argentino jefe de cátedra de Diseño en París, para más datos especialista en utopías, con el firme propósito de enseñarle el trabajo que nos quitaba el sueño.

El señor se sentó en una banqueta, sorbió un mate que le dimos y dijo que el proyecto no le producía ninguna visión positiva. Entre líneas: que éramos unos fachos y que pensábamos poco o —peor— muy superficialmente. Nos quedamos fríos. La visión nuestra del futuro planteaba una sociedad meritocrática, donde triunfen los buenos. Los muchachitos.

Le explicamos que planeábamos una ciudad basada en el modo de ser, porque intuiamos que no cabía ninguna otra. ¿Qué otro camino le queda a la humanidad que el dejar de lado la objetualización de la vida, que el apartarse definitivamente de la necrofilia? Pensamos un modelo de sociedad para diseñar el modelo de ciudad. Una sociedad no basada en el tipo del "tener", sino en la vida. Franca utopía. ¿Qué edificios le corresponderían a esta democracia vital con participación de sus miembros en la política y la industria, a esta perfecta ciudadanía individual? Franco problema. Cuando alguien diseña el futuro tiene que diseñarlo todo. Los detalles. Es un inconveniente parecido al que tuvieron que enfrentar los rusos después de Octubre. ¿Apelaban al academicismo estético? No, porque era de zares. ¿Jugueteaban con el Moderno? No, porque era burgués, y hablaba de esas ciudades burguesas que había en Europa. Una revolución de la sociedad lleva implícita la revolución de las cosas, de los edificios. Le Corbusier era un chancho burgués. Una sociedad nueva, camarada, precisa una estética nueva.

Gaggiano sonrió. Le mostramos el edificio que armaba una plaza descomunal, y para explicarlo, dije: "Tomamos una actitud de homenaje a los arquitectos italianos de preguerra. Y también a los pistones y las maquinarias del siglo XIX; porque simplemente adoramos estas máquinas". A él le pareció una pavada. Se lo leí en los ojos. Muy cortés, con miedo a hacernos una crítica que nos dejara quietos para siempre, dijo: "Es una postal ingenua del futuro". A mí me pareció simpático. Tenía que ver con los ojos del futurista, con esa osadía medio inconsciente.

Entonces, él agregó: "En esta época no se puede ser ingenuo. Antes de los grandes conflictos sí, se podía, pero ahora hay un precedente. Hitler y la bomba atómica son los que no te permiten ser ingenuo. El naïf es el peor de los suicidios".

La utopía de la arquitectura ha dejado de ser imposible. La técnica, esa diosa, lo permite todo, soluciona todas las cosas. Hablar hoy de una arquitectura utópica es explicar la sociedad que la contiene; una sociedad que no existe, con igualdad y libertad. Utopía es proponer edificios para esta sociedad utópica. Nunca nos cansaremos de imaginar formas para el futuro, porque nuestro mañana está construido fundamentalmente por sueños. Y, a los sueños, primero hay que soñarlos.

Hay más ciudades, otras ciudades. Las del comic gallego y los futuros en nuestras historietas. Son todas apocalípticas, de la última fecha. Y sus edificios cada vez más altos, más huecos. Clásicos elefantes fascistas que hubiera amado más de un dictador. Como en el Cenotafio de Newton de Boullé que muestran en la película del arquitecto: un vientre gigante con la muerte adentro.

Conozco muchos jóvenes que están escribiendo acerca del tema. Allí mismo, en la exposición de los trabajos de la Fundación en el Centro Cultural Ciudad de Buenos Aires, hay variadísimas visiones. Que pueden leerse como ingenuidades o puro veneno del peor. A veces, las cosas se traban en las palabras que usamos para describirlas. Y casi siempre ése es el problema del diseño: la verificación inmediata del discurso. Casi todas las ciudades escritas o filmadas son apocalípticas. ¿Pero, cuál será el resorte que impulsa tanta necrofilia posmoderna? ¿Nuestra realidad? A lo mejor. Esta realidad cotidiana puede ser interesante para pensar en el futuro. Para correr en esa dirección. Quizás todos los jóvenes de la Argentina estemos dibujando, contando y diseñando por partes una ciudad para el mañana y es —¿dictado de qué, de la moda, del pasado?— apocalíptica aunque no lo querramos.

Retiro lo dicho: no es real que antes (por ejemplo en la década que va del '60 al '70) se hablara más del futuro; lo que pasa es que se hablaba más, en todo caso, acerca de la tecnología del futuro. De las ciudades trépano enterradas miles de metros bajo la tierra a las megaestructuras crecientes hacia arriba. Hoy estas estructuras están hechas: basta ver edificios como el Lloyds, de Rogers & Co. Otra vez el futuro llegó. Nos educaron para eso y estamos en eso. Para los que nacimos en el sesentaypico se acabaron las máquinas imposibles.

Amemos a los utopistas del pasado. A esos verdaderos cultores de futuros. A esos astronautas de la imaginación que fabrican ciudades para nadie, las que vendrán. Valientemente. Con una autoconvicción que pone la piel de gallina. Y al mismo tiempo tan efímeras, tan frágiles, tan destructibles.

Amancio Williams, ese gran arquitecto moderno argentino, recientemente fallecido, abrió el Primer Coloquio de Creatividad en Arquitectura con su proyecto de una ciudad en tira de proporciones colosales, bajo el título increíble de "La ciudad en que viviremos mañana". Terminó su conferencia alentando a la gente a difundir esta propuesta: una utopía formidable del modernismo. Muchos se cayeron del asiento. A partir de allí, estuvieron los que señalaban lo descabellado de la idea tan fuera de contexto y deshumanizada, y hasta hubo quien le endilgó la categoría de imágenes seniles. También hubo quien valoró la polenta de esa idea. "Quedémonos tranquilos, porque hay alguien que está pensando en el futuro de la humanidad." "¡No, no nos quedemos tranquilos, porque puede haber alguien pensando en el futuro de la humanidad!" Pensando y metiéndole lápiz. Es tan fantástico como terrible esto de prever qué va a pasar. Acá es donde todo se mezcla. Sucede todas las veces que se alza la bandera de la prospectiva. Aparecen las voces de la conciencia: la Argentina necesita trabajar, la matrícula arquitectónica está deslucida por la falta de ocupación profesional, y estas convocatorias a la aparente pavada nos sacan cada vez más del tema de construir los millones de viviendas que faltan levantar en nuestra tierra. Como si nos fumáramos la realidad social en un porro tamaño gigante. Las otras voces dicen: hablar del futuro de la ciudad es hablar también del futuro del país. Levantar la mirada. Contemplar el bosque y no el primer árbol. Incentivar la imaginación —tan necesaria para inventar una utopía incontruible como para salir de la crisis—. Porque imaginar no siempre es evadirse. Más aún: casi nunca lo es.

El Primer Premio Globo de Oro Fundación Libre fue compartido por dos trabajos:

a) Arquitectos Gustavo E. Nielsen y Jorge H. Sorhanet; con un equipo integrado por los estudiantes: Ramón, Torcelli, Carriquiriborde, Muscariello, Koch, Patricelli, Dagnino Pastore, Saá, Iturriaga, Marinic, Cambeiro Diéguez, Caballero, De Bassi, González, Estévez, Burgeño.

b) Arquitectos Marcelo A. Trabucco, Juan Trabucco y licenciado Agustín Trabucco.